

No te vayas tranquilamente

De los diarios de Lenny Abramov

1 DE JUNIO

Roma - Nueva York

Queridísimo diario:

Hoy he tomado una decisión fundamental: *No me voy a morir nunca.*

Otros morirán a mi alrededor. Serán anulados. Nada de su personalidad se conservará. Se apagará el interruptor. Su vida, su entera existencia, quedará resumida en relucientes lápidas de mármol con frases falsas («su estrella brilló refulgente», «nunca le olvidaremos», «le gustaba el jazz»), y luego, también estas desaparecerán por una inundación o serán demolidas a picotazos por algún pavo genéticamente modificado del futuro.

Que no digan que la vida es un viaje. Un viaje es cuando acabas llegando a *alguna parte*. Cuando yo me subo al tren número 6 para ir a ver a mi asistente social, eso sí es un viaje. Cuando le suplico al piloto de este costoso aparato de UnitedContinentalDelta-merican que atraviesa tembloroso el Atlántico que dé la vuelta y regrese de inmediato a Roma y hacia los volubles brazos de Eunice Park, *eso sí* que es un viaje.

Un momento. Hay más, ¿verdad? Queda nuestro legado. ¡No nos morimos porque nuestra progenie sigue adelante! La transmisión ritual del ADN: los ricitos de mamá, el labio inferior del

abuelo... *Yo creo que los niños son nuestro futuro*, digo recurriendo a la canción *The greatest love of all*, de la diva pop de los años ochenta Whitney Houston, la número nueve de su epónimo primer elepé.

Puras chorradas. Los niños solo son nuestro futuro en el sentido más estricto y transitivo. Son nuestro futuro hasta que también ellos perecen. El siguiente verso de la canción, «Enséñales bien y déjales encabezar la marcha», anima a los adultos a dar rienda suelta a su egoísmo y dejarlo todo en manos de las futuras generaciones. La frase «Yo vivo para mis hijos», por ejemplo, equivale a admitir que uno no tardará en morir y que, a efectos prácticos, su vida ya ha terminado. «Me muero gradualmente por mis hijos» resultaría más adecuado.

Pero ¿cómo son nuestros hijos? De jóvenes, frescos y encantadores; desconocedores de la mortalidad; dando vueltas, en plan Eunice Park, por la alta hierba con sus piernas de alabastro; encantadores cervatillos todos ellos, reluciendo en su ensoñadora plasticidad, en sintonía con la franca y sencilla naturaleza de su mundo.

Y de repente, poco menos de un siglo después, ahí los tenemos, babeándole a alguna pobre enfermera mexicana en un asilo de Arizona.

Anulados. ¿Sabíais que cada muerte natural y apacible a los ochenta y un años es una tragedia sin parangón? Cada día, la gente, los individuos –*los estadounidenses*, si eso os parece más importante– se caen de bruces en el campo de batalla y no vuelven a levantarse. No vuelven a existir. Se trata de personalidades complejas, con su corteza cerebral trufada de mundos que flotan, de universos transitados por nuestros antepasados analógicos, esos que cuidaban ovejas y comían higos. Esa gente son deidades menores, recipientes de amor, proveedores de vida, genios ignorados, dioses de la forja que se levantan a las seis y cuarto de la mañana para poner en marcha la cafetera, rezando en silencio para poder ver el siguiente día, y el otro, y después la graduación de Sarah y luego...

Anulados.

Pero eso no es para mí, querido diario. Afortunado diario. Inmerecido diario. A partir de este día, vivirás la mayor aventura que jamás haya emprendido un hombre nervioso y normal de 1,73 de altura, 64 kilos de peso y un índice de masa corporal ligeramente peligroso: 23,9. ¿Por qué «a partir de este día»? Pues porque ayer conocí a Eunice Park, que me va a mantener eternamente. Mírame bien, diario. ¿Qué es lo que ves? Un hombre liviano de rostro grisáceo, cual acorazado hundido, ojos húmedos y curiosos, una frente gigantesca y reluciente en la que una docena de cavernícolas podrían haber pintado algo bonito, una nariz ganchuda que domina una boquita de piñón y, desde atrás, una calvicie creciente cuya forma reproduce a la perfección el gran estado de Ohio, incluyendo su capital, Columbus, marcada por un lunar de color marrón oscuro. *Liviano*. La liviandad es mi maldición en todos los sentidos. Un cuerpo pasable en un mundo en el que solo salen adelante los cuerpos increíbles. Un cuerpo en la edad cronológica de treinta y nueve años, ya castigado por un exceso de colesterol LDL, de hormona ACTH y de cualquier cosa que sentencie el corazón, destroce el hígado y haga explotar las esperanzas. Hace una semana, antes de que Eunice me diera un motivo para vivir, ni te habrías fijado en mí, diario mío. Hace una semana, yo no existía. Hace una semana, en un restaurante de Turín, me acerqué a un cliente potencial, uno de esos clásicamente atractivos Individuos de Altos Ingresos. Levantó la vista de su *bollito misto* invernal, me atravesó con la mirada, volvió a observar el encuentro amoroso e hirviente de sus siete carnes y sus siete salsas vegetales, levantó de nuevo la vista y *volvió* a atravesarme con la mirada: es evidente que para que exista la más mínima posibilidad de que un miembro de la alta sociedad se fije en mí, primero debo lanzar una flecha ardiendo a un alce bailarín o recibir una patada en los testículos a cargo de un jefe de Estado.

Pese a todo, Lenny Abramov, vuestro humilde diarista, vuestra pequeña no entidad, vivirá eternamente. La tecnología ya está

prácticamente aquí. Como Coordinador (Grado G) de los Aman-tes de la Vida de la división de Servicios Poshumanos de la Cor-poración Staatling-Wapachung, seré el primero en beneficiarme de ella. Lo único que tengo que hacer es portarme bien y creer en mí mismo. Solo tengo que mantenerme alejado de las grasas transgénicas y de la priva. Solo debo beber mucho té verde y agua alcalinizada y transmitir mi genoma a las personas adecuadas. Tendré que reparar mi hígado maltrecho, reemplazar todo el sis-tema circulatorio con «sangre sabia» y encontrar algún lugar se-guro y cálido (aunque no demasiado cálido) en el que evitar las estaciones airadas y los holocaustos. Y cuando la Tierra expire, como sin duda sucederá, la abandonaré por otra nueva, aún más verde pero con menos elementos alérgicos; y en el florecimiento de mi propia inteligencia, al cabo de unos 10³² años, cuando nues-tro universo decida plegarse sobre sí mismo, mi personalidad atra-vesará un agujero negro para lanzarse a una dimensión de pro-digios impensables en la que las cosas que me mantenían en la Tierra 1.0 –*tortelli lucchese*, helado de pistacho, la obra temprana de The Velvet Underground, la piel suave y bronceada que cubre la arquitectura barroca de las nalgas femeninas de veintitantos años– parecerán tan risibles y pueriles como los cubos de cons-trucción, la leche de fórmula o un juego de «Simón dice *haz esto*».

Eso es lo que hay: nunca me voy a morir, *caro diario*. Nunca, nunca, nunca, nunca. Y si lo dudas, por mí te puedes ir al in-fierno.

Ayer fue mi último día en Roma. Me levanté a eso de las once, me tomé un *caffé macchiato* en ese bar donde sirven los mejores bollos de miel de la ciudad, escuché al crío antiamericano de diez años del vecino berreando «¡Globalización, ni hablar!» y me sentí levemente culpable por no haber realizado ni una sola de mis ta-reas de última hora: mi *äppärät* bullía de contactos, datos, imáge-nes, proyecciones, mapas, mensajes de entrada, ruido y furia. Pero tenía ante mí otro día de comienzos de verano para dedicarme a

deambular, dejando que las calles se hicieran cargo de mi destino y me acogieran en su eterno abrazo, cálido como un horno.

Acabé donde siempre acabo. Junto al edificio más bonito de Europa, el Panteón. Las proporciones ideales de la rotonda; el peso de la cúpula elevada sobre los hombros de uno, suspendida en el aire con gélida precisión matemática; el *oculus* que deja pasar la lluvia y el ardiente sol romano; el frescor y la umbría que se mantiene pese a todo. ¡Nada puede empequeñecer el Panteón! Ni los chillones arreglos religiosos (oficialmente se trata de una iglesia). Ni los abotagados estadounidenses sin un euro en el bolsillo que buscan cobijo bajo el pórtico. Ni los italianos de la actualidad, dedicados a pelearse entre ellos, a camelarse a las chicas para metérsela, a dejar sonar el ciclomotor enmarcado por sus piernas peludas y a la vida de holganza que hermana a familias multigeneracionales. No, este es el más glorioso mausoleo dedicado a una raza de hombres. Cuando yo sobreviva a la Tierra y abandone su familiar útero, me llevaré conmigo el recuerdo de este edificio. Lo codificaré con ceros y unos, y lo transmitiré por todo el universo. ¡Mirad de lo que fue capaz el hombre primitivo! ¡Presenciad sus primeros conatos de inmortalidad, su disciplina, su desinterés!

Mi último día en Roma. Me tomé el *macchiato*. Compré un desodorante caro, puede que en previsión del amor. Me obsiqué con una siesta de tres horas, vagamente masturbatoria, en mi apartamento estrangulado por el sol. Y después, en una fiesta ofrecida por mi amiga Fabrizia, conocí a Eunice...

No, espera. Eso no es del todo cierto. La cronología no es la correcta. Te estoy mintiendo, diario. Solo he llegado a la página trece y ya me he convertido en un mentiroso. Sucedió algo terrible antes de la fiesta de Fabrizia. Tan terrible que no quiero hablar de ello porque aspiro a que seas un diario *positivo*.

Fui a la embajada de los Estados Unidos.

No era idea mía. Un amigo, Sandi, me dijo que si te pasas más de 250 días en el extranjero y no te apuntas al Bienvenido a Casa,

Colega, el programa oficial de Regreso de Ciudadanos Estadounidenses, te pueden detener por sedición nada más aterrizar en el JFK y enviarte a una «instalación segura de control». En algún lugar del estado de Nueva York.

El caso es que Sandi lo sabe *todo* –trabaja en el mundo de la moda–, así que decidí aceptar su consejo, expresado con vehemencia alta en cafeína, y me encaminé hacia la Via Veneto, donde ese palacio de color cremoso que alberga nuestra embajada brilla con luz propia tras un foso de reciente construcción. No por mucho tiempo, diría yo. Según Sandi, el Departamento de Estado, obligado a apretarse el cinturón, acaba de vendérselo a StatoilHydro, la compañía estatal petrolera de Noruega, y para cuando llegué a la Via Veneto, los árboles y setos del enorme complejo estaban siendo ya reconvertidos en formas altas y agnósticas más del agrado de los nuevos propietarios. Furgonetas blindadas rodeaban el perímetro, y se oía, procedente del interior, el inconfundible ruido de la destrucción masiva de documentos.

La fila consular de la sección de visados estaba prácticamente vacía. Ya solo querían emigrar a los Estados Unidos los albaneses más tristes y arruinados, y hasta a esos escasos personajes se les disuadía con un cartel en el que se veía a una pequeña y decidida nutria, con sombrero mexicano, tratando de subirse a una patera abarrotada, sobre un texto que rezaba: «El barco está lleno, compadre».

En el interior de una improvisada jaula de seguridad, un hombre mayor tras una mampara de plexiglás me gritó algo incomprendible mientras yo blandía el pasaporte en su dirección. Se materializó por fin una filipina competente, figura indispensable en estos sitios, que me hizo señales para que la siguiera por un pasillo atestado hacia una reproducción cutre de un aula de instituto decorada con el emblema de Bienvenido a Casa, Colega. La nutria mexicana de «El barco está lleno» había sido aquí americanizada (en lugar de sombrero, llevaba una cinta roja, blanca y azul anudada a su hirsuto cuellecito) y subida luego a lomos de un caba-

llo de aspecto bobo sobre el que galopaba hacia un brillante sol naciente, probablemente asiático.

Una media docena de compatriotas ocupaban sus asientos tras unos escritorios roídos, farfullando en voz baja por sus äppäräti. Había un auricular muerto de asco en una silla vacía, con un cartelito que ponía: INSERTE EL AURICULAR EN LA OREJA, PONGA SU ÄPPÄRÄT SOBRE LA MESA Y DESACTIVE TODAS LAS FUNCIONES DE SEGURIDAD. Hice lo que me decían. Una versión electrónica de la canción de John Cougar Mellencamp *Pink houses* me martilleó la oreja («¡A que América es digna de verse, nena!»), y luego apareció en la pantalla de mi äppärät una versión pixelada de la nutria canija, luciendo en el lomo las letras ARE, que se disolvieron en la refulgente leyenda Autoridad de Restauración Estadounidense.

La nutria se incorporó sobre las patas traseras y se sacudió el polvo con exagerados gestos.

–¡Hola, colega! –dijo con una voz electrónica de supuesto tono festivo–. ¡Me llamo Jeffrey Nutria y *apuesto* a que vamos a ser amigos!

Me invadieron unos sentimientos de pérdida y soledad.

–Hola –dije–. Hola, Jeffrey.

–¡Hola, tú! –dijo la nutria–. Ahora te voy a hacer unas preguntas amistosas, solo por motivos estadísticos. Si no quieres responder a una pregunta, límitate a decir «No quiero responder a esta pregunta». ¡Y no olvides que *estoy* aquí para *ayudarte*! Pues nada, empecemos con algo facilito. ¿Cómo te llamas y cuál es tu número de la Seguridad Social?

Miré a mi alrededor. La gente le susurraba cosas con urgencia a sus nutrias.

–Leonard o Lenny Abramov –murmuré, y luego recité mi número de la Seguridad Social.

–Hola, Leonard o Lenny Abramov, 205-32-8714. En nombre de la Autoridad de Restauración Estadounidense, me encantaría darte la bienvenida en tu regreso a los *nuevos* Estados Unidos

de América. ¡Prepárate, mundo! ¡Ya no hay quien nos detenga! –sonó con fuerza en mi oído un compás del éxito de música disco *Ain't no stoppin' us now*, de McFadden y Whitehead–. Ahora dime, Lenny: ¿qué te llevó a abandonar nuestro país? ¿El trabajo o el placer?

–El trabajo –repuse.

–¿Y a qué te dedicas, Leonard o Lenny Abramov?

–Ejem... Extensión Vital Indefinida.

–Has dicho Expresión Vital Mariquita. ¿Es correcto?

–*Extensión Vital Indefinida* –dije.

–¿Cuál es tu nivel de Crédito, Leonard o Lenny, sobre un total de mil seiscientos?

–Mil quinientos veinte.

–No está nada mal. Debes de ser muy bueno con la pasta. Tienes dinero en el banco, trabajas en «expresión vital mariquita». Ahora *debo* preguntarte: ¿eres miembro del Partido Bipartito? Y si es así, ¿te gustaría recibir nuestra nueva descarga semanal para äppärät «¡Ya no hay quien nos detenga!»? Ofrece todo tipo de útiles consejos para reajustarse a la vida en estos Estados Unidos y sacarle el máximo provecho a tu pasta.

–No soy bipartito, pero sí, me gustaría recibir vuestras descargas –dije, tratando de mostrarme conciliador.

–¡Pues muy bien! Ya estás en nuestra lista. Dime, Leonard o Lenny, ¿has conocido a *extranjeros* agradables durante tu estancia en ultramar?

–Sí –contesté.

–¿Qué clase de gente?

–Algunos italianos.

–Has dicho «transilvanos».

–Italianos –corregí.

–Has dicho «transilvanos» –insistió la nutria–. Ya se sabe que los estadounidenses se sienten solos en el exterior. ¡Sucede constantemente! Por eso yo nunca salgo del arroyo en que nací. ¿Para qué? Dime, por motivos estadísticos, ¿has mantenido relaciones

físicas de carácter íntimo con algún *no* estadounidense durante tu estancia?

Me quedé mirando fijamente a la nutria mientras las manos me temblaban bajo la mesa. ¿Le harían esa pregunta a todo el mundo? Yo no quería acabar en alguna «instalación segura de control» tan solo por haberme frotado con Fabrizia y tratado de sumergir en su interior mis sentimientos de soledad e inferioridad.

–Sí –reconocí–. Solo con una chica. Lo hicimos un par de veces.

–¿Y cuál era el nombre completo de esta *no* estadounidense? Primero el apellido, por favor.

Podía oír a un tipo, que estaba sentado varias mesas por delante y cuya cuadrada cara de piel blanca estaba oculta parcialmente por una espesa melena, farfullando nombres italianos en su *äppärät*.

–Sigo esperando ese nombre, Leonard o Lenny –dijo la nutria.

–DeSalva, Fabrizia –susurré.

–Has dicho «DeSalva»... –pero justo entonces, la nutria enmudeció a mitad del nombre y mi *äppärät* empezó a producir sus ruidos de «pensamiento profundo», como si una rueda girara desesperadamente en el interior de su carcasa de plástico duro, mientras sus viejos circuitos se veían superados por completo por la nutria y sus chorradas. En la pantalla aparecieron las palabras CÓDIGO DE ERROR IT/FC-GS/FLAG. Me levanté y fui hasta la jaula de seguridad de la entrada.

–Disculpe –dije inclinándome sobre el agujero para la boca–. Se me ha quedado tieso el *äppärät*. La nutria ha dejado de hablarme. ¿Me podría enviar a esa filipina tan simpática?

La vieja criatura a cargo de esa posición me soltó algo incomprendible mientras le temblaba el cuello de la camisa lleno de barras y estrellas. Creí discernir las palabras «espere» y «representante del servicio».

Transcurrió una hora de invisible actividad burocrática. Los de la mudanza se llevaban una estatua dorada de tamaño natural del águila nacional y una mesa para cenas de gala a la que le faltaban tres patas. Finalmente, apareció una señora blanca mayor, arrastrando sus enormes zapatos ortopédicos por el suelo del pasillo. Tenía una magnífica nariz tripartita, más romana que cualquier probóscide situada en las orillas del Tíber, y esa clase de gafas rosadas de tamaño desmesurado que siempre asocio con la amabilidad y con una salud mental progresista. Sus labios finos temblaban a causa del contacto cotidiano con la existencia, y de sus lóbulos colgaban sendos pendientes demasiado grandes.

Su porte y su apariencia me recordaron a Nettie Fine, una mujer a la que no había vuelto a ver desde que me gradué en el instituto. Fue la primera persona en darles la bienvenida en el aeropuerto a mis padres cuando llegaron a los Estados Unidos desde Moscú, cuatro décadas atrás, en busca de dólares y de Dios. Ella fue su joven anfitriona estadounidense, la que los acompañaba a la sinagoga, la que les organizaba clases de inglés, la que les conseguía el mobiliario... De hecho, el marido de Nettie había trabajado en Washington, en el Departamento de Estado. Y además, antes de partir hacia Roma, mi madre me había dicho que estaba destinado en cierta capital europea...

–¿Señora Fine? –dije–. ¿Es usted Nettie Fine?

Me habían educado en su adoración, pero a mí me aterrizzaba Nettie Fine. Había visto a mi familia en su peor momento, en toda su pobreza y debilidad (mis padres emigraron a Estados Unidos, literalmente, con una muda de ropa interior para los dos). Pero esa mujer acogedora no me había mostrado más que un amor incondicional, esa clase de amor que me corría por todo el cuerpo en forma de olas y me dejaba débil y mermado, combatiendo un mar de fondo cuyo origen era incapaz de precisar. No tardó mucho en rodearme con sus brazos mientras me pegaba la bronca por no haberla visitado antes. ¿Y por qué parecía yo tan viejo de repente? «Es que ya tengo casi cuarenta años, señora Fine.» «Oh,

¿a dónde va a parar el tiempo, Leonard?», comentaba ella entre otras muestras de alegre histeria judía.

Resultó que trabajaba como subcontratada para el Departamento de Estado, echando una mano en el programa Bienvenido a Casa, Colega.

–Pero no te hagas una idea equivocada –me dijo–. Solo desempeño un trabajo de atención al cliente. Respondo a preguntas, no las hago. Eso es cosa de la Autoridad de Restauración Estadounidense. –Acto seguido, inclinándose hacia mí y bajando la voz, añadió, con su aliento a alcachofa azotando suavemente mi rostro–: Ay, Lenny, ¿qué nos ha *pasado*? Me llegan unos informes a la mesa que me hacen llorar. Los chinos y los europeos se van a separar de nosotros. No sé lo que quiere decir eso exactamente, pero ¿qué bien nos puede hacer? Y vamos a deportar a todos los inmigrantes con un Crédito escaso. Y a nuestros pobres chicos los están *masacrando* en Venezuela. ¡Me temo que de esta no salimos!

–No, señora Fine, todo irá bien –le dije–. Los Estados Unidos siguen siendo únicos.

–Y ese veleta de Rubenstein. ¿Te puedes creer que es uno de los *nuestros*?

–¿Uno de los nuestros?

Suspiro apenas audible:

–Un *judío*.

–Pues a mis padres les cae bien Rubenstein –repuse en referencia a nuestro imperioso pero condecorado Secretario de Defensa–. Lo único que hacen es quedarse en casa viendo los canales FoxLiberty-Prime y FoxLiberty-Ultra.

La señora Fine puso cara de asco. Había ayudado a mis padres a integrarse en la sociedad norteamericana, les había enseñado a hacer gárgaras y a limpiarse las manchas de sudor, pero su innato conservadurismo judío-soviético había acabado por desagradarle.

Me conocía desde el día en que nací, cuando la familia Abramov vivía en Queens, en un apartamento abigarrado que ahora

solo inspira nostalgia, pero que en realidad debió de ser un sitio cutre y penoso. Mi padre trabajaba como celador en un laboratorio gubernamental en Long Island, un empleo que durante mis primeros diez años de vida nos alimentó a base de carne enlatada. Mi madre celebró mi nacimiento siendo ascendida de mecanógrafa a secretaria en la unión crediticia para la que trabajaba duramente, pese a su deficiente inglés y, de repente, nos encaminamos hacia la clase media-baja. En aquellos tiempos, mis padres solían sacarme a pasear en su oxidado Chevrolet Malibu Classic por vecindarios más pobres que el nuestro, para que nos pudiéramos reír de esa gente de piel oscura que iba por ahí en sandalias y aprendiéramos importantes lecciones acerca de lo que significaba en Estados Unidos el fracaso. Fue después de que mis padres informaran a la señora Fine de nuestras excursiones arrabaleras por Corona y las zonas más seguras de Bedford-Stuyvesant cuando la ruptura entre ella y mi familia empezó realmente. Recuerdo a mis padres buscando la palabra «cruel» en el diccionario inglés-ruso, sorprendidos de que nuestra anfitriona estadounidense pudiera pensar eso de nosotros.

–¡Cuéntamelo todo! –dijo Nettie Fine–. ¿Qué has estado haciendo en Roma?

–Trabajo en economía creativa –le informé, orgulloso–. Extensión Vital Indefinida. Vamos a ayudar a la gente a que viva eternamente. Estoy buscando IAI europeos, es decir, Individuos de Altos Ingresos, para que se conviertan en nuestros clientes. Los llamamos «Amantes de la Vida».

–¡Oh, Dios mío! –dijo la señora Fine. Era evidente que no sabía de qué coño le estaba hablando, pero esa mujer con tres corteses hijos graduados en la Universidad de Pennsylvania lo único que sabía hacer era sonreír y dar ánimos, sonreír y dar ánimos–. La verdad es que eso suena... ¡muy bien!

–Ya lo creo que sí –dije–. Pero me temo que estoy teniendo algún problemilla por aquí. –Le expliqué lo que me acababa de pasar con el programa Bienvenido a Casa, Colega–. Puede que la

nutria piense que salgo con transilvanos, pero yo le dije «italianos».

–Enséñame tu äppärät –me ordenó.

Alzó las cejas, revelando esas suaves arrugas de comienzos de los sesenta que habían hecho que su rostro fuese el que tenía que ser desde el día en que nació: un consuelo para todos.

–CÓDIGO DE ERROR IT/FC-GS/FLAG –suspiró–. Ay, chico, te han sacado tarjeta roja.

–Pero ¿por qué? –grité–. ¿Qué he hecho?

–Shhh –me dijo–. Déjame reiniciar el äppärät. Intentemos de nuevo el Bienvenido a Casa, Colega.

Hizo varios intentos, pero seguía apareciendo la misma nutria congelada con el mensaje de error.

–¿Cuándo ha pasado? –me preguntó–. ¿Qué te estaba preguntando esa *cosa*?

Dudé, sintiéndome aún más desnudo ante la salvadora nativa de mi familia.

–Me estaba preguntando el nombre de la mujer italiana con la que tuve relaciones –le dije.

–Vamos hacia atrás –dijo Nettie, siempre dispuesta a enfrentarse a los problemas–. Cuando la nutria te pidió que te suscribieras a «¡No hay quien nos detenga!», ¿lo hiciste?

–Sí.

–Bien. ¿Y cuál es tu nivel de Crédito?

Se lo dije.

–Estupendo. Yo de ti no me preocuparía. Si te paran en el JFK, tú dales mi información de contacto y diles que se comuniquen conmigo *de inmediato*. –Introdujo sus coordenadas en mi äppärät. Cuando me abrazó, pudo darse cuenta de que las rodillas me entrechocaban de miedo–. Ay, cariño –dijo mientras una cálida lágrima tribal saltaba de su rostro al mío–. No te preocupes. Estarás bien. Un hombre como tú... Economía creativa. Solo espero que el nivel de Crédito de tus padres sea fuerte. Todo ese largo viaje hacia Estados Unidos, ¿para qué? ¿Para qué?

Pero yo me preocupaba. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Amonestado por una puta nutria! Dios bendito. Me obligué a relajarme, a disfrutar de las últimas veinticuatro horas de mi idilio de un año con Europa y, con toda probabilidad, a emborracharme a conciencia de Montepulciano tinto.

Mi última noche romana empezó de la manera habitual, diario mío. Otra orgía a medio gas en casa de Fabrizia, la mujer con la que he mantenido relaciones. Estoy levemente cansado de esas orgías. Como todos los neoyorquinos, pierdo el culo por el sector inmobiliario y adoro esos apartamentos de estilo turinés de finales del XIX que hay en la inmensa y llena de palmeras Piazza Vittorio, con sus soleadas vistas de los verdosos Montes Albanos en la distancia. Durante mi última noche en casa de Fabrizia, apareció la habitual pandilla de cuarentones, los hijos ricos de directores de Cinecittà que ahora trabajan ocasionalmente como guionistas para la decadente RAI (tiempo atrás, la principal televisión de Italia), pero que, básicamente, se dedican a pulirse lo que queda de la fortuna de papá. Eso es lo que admiro de los jóvenes italianos: la lenta disminución de la ambición, el haber asumido que los buenos tiempos quedan muy atrás. (Una Whitney Houston italiana podría cantar, «Creo que los *padres* son nuestro futuro».) Nosotros, los estadounidenses, tenemos mucho que aprender de esa elegante decadencia.

Siempre me he mostrado tímido con Fabrizia. Sé que solo le gusto porque soy «divertido» y «curioso» (o sea: semítico), y porque su lecho llevaba cierto tiempo sin ser calentado por ningún hombre de la localidad. Pero ahora que la había vendido a la nutria de la Autoridad de Restauración Estadounidense, me preocupaba que la cosa pudiera traerle ciertas repercusiones: el gobierno italiano es el único que queda en Europa Occidental que todavía nos lame el culo.

En cualquier caso, no me quité de encima a Fabrizia durante toda la fiesta. Primero, ella y un cineasta británico obeso se turna-

ron para besarme los párpados. Luego, mientras chateaba por el äppärät de esa manera italiana tan airada, Fabrizia, sentada en el sofá, separó las piernas para enseñarme sus bragas de neón, bajo las que se veía perfectamente su espeso y mediterráneo vello púbico. Entre berridos de lo más sexy y el aporreamiento furioso del teclado, consiguió decirme en inglés:

–Eres mucho más decadente que cuando te conocí, Lenny.

–Lo intento –tartamudeé.

–Inténtalo con más ganas –dijo ella.

Cerró las piernas de golpe, lo cual casi me ejecuta, y siguió baltando con el äppärät. Yo quería seguir sintiendo esos elegantes pechos de cuarenta años un rato más, así que realicé algunos lentos movimientos giratorios en su dirección, aleteando las pestañas (es decir, parpadeando a lo bestia) e intentando, con cierta dosis de ironía de la Costa Este, parecerme a alguna actriz puntera de Cinecittà de los años sesenta. Fabrizia me devolvió el parpadeo y se metió una mano en las bragas. Al cabo de unos minutos, abrimos la puerta del dormitorio y nos encontramos a su hijo de tres años escondido bajo una almohada, mientras una nube de humo procedente de las habitaciones principales lo envolvía.

–Mierda –dijo Fabrizia al ver cómo ese crío pequeño y asmático se arrastraba por la cama hacia ella.

–*Mamma* –susurraba el niño–. *Aiuto me*.

–¡Katia! –gritó Fabrizia–. *¡Puttana!* Se suponía que tenía que vigilarlo. Quédate aquí, Lenny.

Partió en busca de la canguro ucraniana, con el crío dando tumbos tras ella entre esa humareda digna de Hollywood.

Salí al pasillo, que parecía la zona de llegadas del aeropuerto de Fiumicino con todas esas parejas que se encontraban, se abrazaban y entraban y salían de las habitaciones, arreglándose la blusa, apretándose el cinturón y separándose. Saqué mi äppärät desfasado, con ese acabado retro de nogal y esa pantalla neblinosa que espaciaba la información, intentando averiguar si había algún Individuo de Altos Ingresos por ahí –la última oportunidad de propor-

cionarle nuevos clientes a mi jefe, Joshie, tras haberle encontrado un total de *un* cliente en todo el año—, pero no había un rostro lo suficientemente famoso como para que la máquina lo registrara. Un Telemacho más o menos conocido, artista visual boloñés, que en persona resultaba tímido y apagado, observaba cómo su novia coqueteaba de manera ridícula con alguien menos famoso que él. «Un poco de trabajo, un poco de diversión», decía alguien en un inglés con mucho acento, cosechando unas risitas femeninas de compromiso. Una chica estadounidense recién llegada, profesora de yoga de las estrellas, estaba siendo arrastrada al llanto por una mujer de la localidad, mucho mayor que ella, que no dejaba de apuñalarla en el corazón con una uña larga y pintada mientras la acusaba, personalmente, de la invasión estadounidense de Venezuela. Apareció un sirviente con una enorme bandeja de anchoas marinadas. El calvo conocido como «Cancer Boy» seguía de cerca los pasos de la princesa afgana a la que le había entregado su corazón. Un actor de la RAI levemente conocido me empezó a explicar cómo había preñado a una chica chilena de buena familia para, a continuación, salir pitando hacia Roma antes de que cayeran sobre él las leyes de Chile. Cuando apareció un paisano de Nápoles, me dijo: «Disculpa, Lenny, pero tenemos que hablar en dialecto».

Seguí esperando a mi Fabrizia mientras mordisqueaba una anchoa y me sentía el menda de treinta y nueve años más cachondo de Roma: una distinción de lo más importante. Podía ser que mi amante ocasional hubiese caído en manos de otro durante nuestra breve separación. Yo no tenía a ninguna chica esperándome en Nueva York, ni siquiera estaba seguro de que allí me esperase un *trabajo* después de mis fracasos en Europa, así que me moría de ganas de follarme a Fabrizia. Era la mujer más suave que yo hubiese tocado jamás; sus músculos eran como fantasmas muy alejados de su piel, y su respiración, como la de su hijo, era dura y ronca, por lo que cuando «hacía amor» (según sus propias palabras) parecía estar a punto de expirar.

Reparé en un habitual de las veladas romanas, un viejo escul-

tor estadounidense de estatura escasa y dentadura podrida que lucía un peinado en plan Beatle y solía hablar de su amistad con el icónico actor de Tribeca «Bobby D.». En varias ocasiones me había visto obligado a meter esa masa borracha en un taxi, mientras les daba a los conductores su prestigiosa dirección en la colina Gianicolo y les entregaba veinte de mis mejores euros.

Un poco más y no me fijo en la joven que tenía delante, una coreana bajita (he salido anteriormente con dos de ellas, a cual más deliciosamente loca) con el pelo recogido en un moño provocativo que la hacía parecerse vagamente a una jovencísima versión asiática de Audrey Hepburn. Tenía unos labios brillantes y generosos, así como unas pecas por la nariz que resultaban al mismo tiempo encantadoras e incongruentes, y no debía de pesar más de treinta y dos kilos, aunque su macicez me producía todo tipo de malos pensamientos. Me preguntaba, sin ir más lejos, si su madre, que sería con toda probabilidad una mujer diminuta e inmaculada asediada por la religión chungá y la angustia típica del inmigrante, sabría que su hijita ya no era virgen.

—Oh, pero si es Lenny —dijo el escultor estadounidense cuando me acerqué a darle la mano. Se trataba de un Individuo de Altos Ingresos, aunque por los pelos, y yo ya le había cortejado en bastantes ocasiones. La joven coreana me miró con lo que yo interpreté como absoluta falta de interés (parecía estar siempre de morros) y con las manos cogidas a la espalda. Pensé que igual me estaba interponiendo entre una nueva pareja, y a punto estaba de ofrecer mis disculpas cuando el estadounidense inició las presentaciones—. La adorable Eunice Kim, de Fort Lee, Nueva Jersey, que ha pasado por el Elderbird College de Massachusetts —dijo con ese poderoso acento de Brooklyn que a él se le antojaba encantadoramente auténtico—. Euny estudia historia del arte.

—Eunice *Park* —le corrigió la muchacha—. Y no es verdad que estudie historia del arte. Ya ni voy a la universidad.

Su humildad me resultó tan placentera que me produjo una buena erección.

–Este es Lenny Abraham. Ayuda a los viejos corredores de bolsa a vivir un poco más.

–Es Abramov –dije mientras me inclinaba servilmente ante la damisela.

Reparé en que tenía en la mano un vaso de espeso tintorro siciliano y me lo bebí de un trago. De repente, empecé a sudar por todas partes, desde la camisa recién planchada a los espantosos mocasines. Saqué el äppärät, lo abrí con un gesto que tal vez estuvo de moda una década atrás, lo sostuve estúpidamente ante mí, lo devolví al bolsillo de la camisa y luego me hice con una botella cercana y me rellené el vaso. No tenía más remedio que decir algo sobre mí que resultara impresionante:

–Me dedico a la nanotecnología y esas cosas.

–¿Cómo científico? –preguntó Eunice Park.

–Más bien como comercial –largó el escultor estadounidense. En lo referente a las mujeres, era famoso por su competitividad. En la última fiesta, se había impuesto a un joven animador milanés a la hora de conseguir una mamada de la prima de diecinueve años de Fabrizia. En Roma, eso se consideraba un notición.

El escultor se puso al bies con respecto a Eunice, oscureciéndome parcialmente con uno de sus imponentes hombros. Lo interpreté como una señal para que me largara, pero cuando empecé a hacerlo, vi que la chica me miraba como si me estuviera echando un cable. Puede que también ella tuviera miedo del escultor y de acabar arrodillada ante él en algún cuarto en penumbra.

Me puse a beber en serio mientras observaba el pavoneo del escultor a la hora de impresionar a la nada impresionable Eunice Park.

–Así que voy y le digo, «*Contessa*, puede usted quedarse en mi residencia playera de Puglia hasta que se recupere». Total, tampoco tengo tiempo para ir a la playa. En Shanghái quieren comprarme cosas. Dos piezas por sesenta millones de yuanes. Eso es... ¿qué? ¿Cincuenta millones de dólares? Yo le digo: «No llore, *contessa*, simpática cacatúa. Yo también he estado a dos velas. Sin un *centavo* en el bolsillo. Prácticamente, me crié en los callejo-

nes de Brooklyn. Lo primero que recuerdo es un calcetín impactando en mi cara. ¡Bam!»

Me daba pena el escultor, y no tan solo porque albergaba serias dudas acerca de sus posibilidades con Eunice, sino porque me daba cuenta de que no tardaría mucho en morir. Una examante suya me había contado que su avanzada diabetes ya se había cobrado dos dedos de los pies y que el abuso de cocaína se estaba cargando su provector sistema circulatorio. A la gente como él, en el negocio los conocíamos como IDP, Imposibles De Preservar, pues sus signos vitales estaban ya demasiado deteriorados como para someterlos a cualquier tipo de intervención y sus indicadores psicológicos mostraban un «deseo insistente de perecer». Y aún resultaba más deprimente su situación financiera. Cito directamente de mi informe al jefe Joshie: «Ingresos anuales: 2,24 millones de dólares vinculados al yuan; obligaciones, incluyendo pensión para exesposa y gastos de los hijos: 3,12 millones; activos de inversión (a excepción de propiedades inmobiliarias): 22 millones de euros del norte; propiedades inmobiliarias: 5,4 millones de dólares vinculados al yuan; deudas por un valor total de 12,9 millones». Un desastre, hablando claro.

¿Por qué se hacía eso a sí mismo? ¿Por qué no prescindir de drogas y jovencitas exigentes y pasar una década en Corfú o en Chiang Mai, reparar su cuerpo con alcaloides y tecnología avanzada, abstenerse de radicales libres, concentrarse en el trabajo, incrementar sus acciones, quitarse problemas de encima y dejarnos a nosotros que le arregláramos la vida? ¿Qué mantenía al escultor aquí, en una ciudad cuya única utilidad era su referencia al pasado, buitreado a jovencitas, inflándose de coños rizados y platazos de hidratos de carbono, siguiendo la corriente hacia su propia anulación? Más allá de ese cuerpo horrendo, de esos dientes podridos y de ese aliento apestoso había un visionario y un creador cuyo trabajo concienzudo yo había admirado a veces.

Mientras enterraba al escultor, caminando detrás de su ataúd, consolando a su bella exmujer y a sus querúbicos mellizos, mis

ojos contemplaban a Eunice Park, joven cargada de estoicismo y carente de expresión, que asentía ante los comentarios de autobombo del artista. Quería acercarme a ella y tocar su pecho vacío, sentir esos pezones pequeños y duros que, en mi imaginación, proclamaban su amor. Observé que su nariz recta y sus bracitos estaban ligeramente humedecidos, y que bebía a un ritmo parecido al mío, zampándose copas de vino que aparecían en bandejas pasajeras mientras sus labios fruncidos se teñían de un color púrpura. Llevaba vaqueros de diseño, un jersey gris de cachemira y un collar de perlas que la hacía parecer diez años mayor. Su único aditamento juvenil era un fino colgante blanco –casi un guijarro– que parecía una especie nueva de *äppärät* en miniatura. En algunos sectores pudientes de la sociedad transatlántica, las diferencias entre jóvenes y viejos se estaban esfumando a pasos agigantados, y en otros sectores, los jóvenes iban prácticamente desnudos, pero ¿de qué iba Eunice Park? ¿Intentaba parecer mayor, más rica o más blanca? ¿Por qué la gente atractiva quiere ser cualquier cosa menos lo que es?

Cuando volví a levantar la vista, el escultor le había plantificado en el hombro una de sus zarpas y la achuchaba con ganas.

–Las mujeres chinas son tan delicadas... –entonaba el hombre.

–Yo no soy delicada.

–¡Sí que lo eres!

–Yo no soy china.

–Da igual... El caso es que Bobby D. y Dick Gere estaban discutiendo en una fiesta. Dick viene y me dice: «¿Por qué me odia tanto Bobby?»... Un momento, ¿qué estaba yo diciendo? ¿Quieres otra copa? ¡Oh! Qué bien has hecho viniendo a Roma, gatita. Nueva York está acabada últimamente. Estados Unidos ya es historia. Y con esos cabrones que mandan ahora, no pienso volver nunca. El puto Rubenstein. El puto Partido Bipartito. Es 1984, nena, aunque ya sé que no sabrás de qué te hablo. Igual aquí nuestro amigo el intelectual, Lenny, nos podría iluminar al respecto. Cuán afortunada eres de estar aquí conmigo, Euny. ¿Me das un beso?

–No –repuso Eunice Park–. Gracias, pero no.

Gracias, pero no. Una preciosa muchacha coreana, graduada en el Elderbird College de Massachusetts. Qué ganas tenía yo de besar esos labios generosos y de acunar el resto de su liviana osamenta.

–¿Por qué no? –gritó el escultor.

Y acto seguido, como hacía tiempo que había perdido la capacidad de hacer frente a las contradicciones, la agarró por los hombros y la zarandeó; el típico meneo de borracho, pero difícil de aguantar con semejante cuerpecito. Eunice levantó la vista y pude distinguir en sus ojos la consabida rabia del adulto al que devuelven repentinamente a la infancia. Se llevó una mano al estómago, como si la hubiesen golpeado, y miró hacia abajo. El vino tinto le había salpicado el caro jersey. Me miró y yo detecté cierta vergüenza, no por el escultor, sino por ella misma.

–Vamos a tranquilizarnos –dije mientras agarraba al escultor por su potente y sudado cogote–. Tal vez será mejor que nos sentemos en el sofá y bebamos un poco de agua.

Eunice se frotaba el hombro mientras se apartaba de nosotros. Daba la impresión de ser una experta en contener las lágrimas.

–Vete a tomar por culo, Lenny –dijo el escultor, propinándome un leve empujón. Sus manos tenían aún una fuerza innegable–. Vete a ofrecer por ahí tu fuente de la eterna juventud.

–Búscate un sofá y cálmate –le ordené al escultor. Me acerqué a Eunice y puse el brazo cerca del suyo, pero no directamente encima–. Lo lamento –farfullé–. Le gusta emborracharse.

–¡Sí, me gusta emborracharme! –bramó el escultor–. Y puede que ahora esté un poco piripi. Pero por la mañana estaré haciendo arte. ¿Y qué vas a estar haciendo tú, *Leonard*? ¿Vendiéndoles té verde e hígados clonados a los carcamales del Bipartito? ¿Redactando un diario? Ya me lo imagino: «Mi tío abusaba de mí. Fui adicto a la heroína durante tres segundos». Olvídate de la fuente de la juventud, compadre. Puedes llegar a vivir mil años y dará lo mismo. Los mediocres como tú *merecen* la inmortalidad. No te

fíes de ese tío, Eunice. No es como nosotros. Es un estadounidense auténtico. Un listillo. Por él estamos ahora mismo en Venezuela. Por culpa de personas como él, la gente tiene miedo a abuchear en Estados Unidos. No es mejor que Rubenstein. Fíjate en esos ojos oscuros y ladinos de asquenazí. Es el nuevo Kissinger.

Se había formado un corro a nuestro alrededor. Asistir a los «numeritos» del famoso escultor constituía una gran fuente de entretenimiento para los romanos, y las palabras «Venezuela» y «Rubenstein», pronunciadas de forma tan lenta como satisfecha, podían despertar hasta a los europeos en estado de coma. Podía distinguir la voz de Fabrizia en el salón. Con toda la suavidad de la que fui capaz, me llevé a la coreana hacia la cocina, que conducía al ala del servicio, con su propia puerta de entrada al apartamento.

A la luz mortecina de una bombilla pelada, vi a la cuidadora ucraniana acariciando la dulce y oscura cabecita del hijo de Fabrizia, mientras le introducía un inhalador en la boca. El niño acogió nuestra intrusión con escasa sorpresa, la mujer empezó a decir *Che cosa?*, pero pasamos a toda pastilla ante ella y la ordenada provisión de ropa y recuerdos de baratillo (un delantal con la imagen del David de Miguel Ángel frente al Coliseo) que constituían sus más inmediatas posesiones. Mientras Eunice y yo bajábamos por las ruidosas escaleras de mármol, oímos a Fabrizia y algunos más que salían tras nosotros, llamando al cochambroso ascensor, ansiosos de atrápanos para que les explicáramos qué había ocurrido y qué habíamos hecho para despertar la notable ira beoda del escultor.

–Vuelve aquí, Lenny –clamaba Fabrizia–. *Dobbiamo scopare ancora una volta*. Tenemos que follar. Por última vez.

Fabrizia. La mujer más suave que yo nunca había acariciado. Pero igual ya no *necesitaba* suavidad. Fabrizia. Su cuerpo conquistado por pequeños ejércitos de vello, sus curvas fijadas por hidratos de carbono, puro Viejo Mundo con toda su corporeidad no electrónica. Y delante de mí, Eunice Park. Una nano-mujer que,

probablemente, nunca había conocido los picores de su propio vello púbico, que carecía tanto de pechos como de olor, que existía de la misma manera en la calle y en la pantalla del *äppärät*.

En el exterior, la luna sureña, preñada y satisfecha, reinaba sobre las altas palmeras de la Piazza Vittorio. La habitual masa de inmigrantes dormía a esas horas, tras una larga jornada de trabajo manual, o metía en la cama a los hijos de su jefa. Los únicos peatones eran italianos elegantes que volvían de alguna cena; los únicos sonidos, los murmullos de sus amargas conversaciones y el siseo eléctrico del viejo tranvía que pasaba por el extremo nor-este de la plaza.

Eunice Park y yo caminábamos a buen paso. Ella avanzaba y yo iba dando saltitos, incapaz de disimular la felicidad que me embargaba al haber huido de la fiesta en su compañía. Quería que Eunice me diera las gracias por haberla salvado del escultor y su aliento mortífero. Quería que llegara a conocerme para poder repudiar todas las cosas horribles que aquel sujeto había dicho de mí: mi supuesta codicia, mi ambición desmesurada, mi falta de talento, mi ficticia pertenencia al Partido Bipartito y mis planes para Caracas. Quería decirle que también yo estaba en peligro, que la Autoridad de Restauración Estadounidense me había señalado como sedicioso, tan solo porque me había acostado con una italiana de mediana edad.

Observé el jersey mancillado de Eunice y ese cuerpo de una fresca obscena que vivía y sudaba ahí debajo y que también, o eso esperaba yo, tenía sus anhelos.

–Conozco a un buen tintorero que sabe limpiar las manchas de vino tinto –dije–. Es un nigeriano que está aquí mismo. –Enfatiqué lo de «nigeriano» para resaltar mi amplitud de miras. Lenny Abramov, el amigo de todos.

–Hago de voluntaria en un centro para refugiados que hay cerca de la estación –dijo Eunice sin que viniera muy a cuento.

–¿De verdad? ¡Eso es *fantástico*!

–Mira que eres friqui –se rio cruelmente de mí.

–¿Qué? –dije–. Lo siento.

Me eché a reír yo también, por si se trataba tan solo de una broma, pero la verdad es que me sentía ofendido.

–LPT –dijo–. TIMATOV. TPESOPRA. PRGV. Totalmente PRGV.

Los jóvenes y sus abreviaturas. Hice como que sabía de qué estaba hablando.

–Vale –dije–. FMI. PLO. ESL.

Se me quedó mirando como si estuviera loco.

–DPC –dijo.

–¿Y ése quién es? –me imaginé a un protestante de gran altura.

–Significa Dando Por Culo. A ti. Es una broma, ya sabes.

–Ah –dije–. Ya lo sabía. De verdad. ¿Por qué soy un friqui, según tu punto de vista?

–«Según tu punto de vista» –me imitó–. Pero ¿quién habla así? ¿Y quién lleva esos zapatos? Pareces un contable.

–Detecto cierta ira –dije.

¿Qué había sido de aquella coreana dulce y humillada de hacía solo tres minutos? Por algún motivo, saqué pecho y me puse de puntillas, aunque le sacaba unos buenos quince centímetros.

Me tocó el puño de la camisa, y a continuación lo observó con mayor atención.

–Esto no está bien abrochado –me dijo. Y antes de que yo pudiera abrir la boca, volvió a abotonarme el puño de la camisa y tiró de la manga para que no se hiciera un gurreño en el hombro–. Ahora –dijo–. Ya tienes mejor aspecto.

No sabía ni qué decir ni qué hacer. Cuando me trato con gente de mi edad, sé perfectamente quién soy. Un tipo no muy atractivo físicamente, pero por lo menos bien educado, con un sueldo decente y un trabajo en la frontera de la ciencia con la tecnología (aunque soy tan torpe con el äppärät como mis ancianos e inmigrantes padres). Pero era evidente que en el planeta Eunice Park esos atributos no importaban. Ahí yo no era más que una especie de viejo cenutrio.

–Gracias –le dije–. No sé qué haría sin ti.

Me sonrió y observé que tenía esos hoyuelos que no solo puntúan el rostro, sino que también lo llenan rápidamente de ternura y personalidad (y en el caso de Eunice, lo liberan de parte de su rabia).

–Tengo hambre –declaró.

Debí de poner una cara parecida a la del pasmado Rubenstein en su conferencia de prensa posterior a la aniquilación de nuestras tropas en Ciudad Bolívar.

–¿Cómo? –salté–. ¿Tienes hambre? ¿No es un poco tarde?

–Pues no, abuelito –repuso Eunice Park.

Encajé estoicamente el sarcasmo:

–Sé de un sitio en Via del Governo Vecchio. Se llama Da Tonino. Excelente *cacio e pepe*.

–Eso dice mi guía del *Time Out* –me soltó la muy impertinente.

Agarró el colgante en forma de äppärät y, en un italiano tan perfecto como sorprendente, pidió un taxi. Yo no me había sentido tan asustado desde que iba al instituto. Hasta la muerte, mi astuta e infatigable némesis, parecía muy poca cosa comparada con la omnipotente Eunice Park.

En el taxi, me senté lo más lejos que pude de ella y me lancé a un parloteo banal («Parece que van a volver a devaluar el dólar...»). La ciudad de Roma desfilaba a nuestro alrededor, alegremente espléndida, eternamente segura de sí misma, encantada de quitarnos el dinero y posar para una foto, pero sin necesitar realmente nada ni a nadie. Acabé dándome cuenta de que el taxista había decidido timarme, pero no protesté ante el rodeo que daba, sobre todo porque íbamos dando vueltas en torno al Coliseo iluminado de color púrpura. Prefería decirme a mí mismo: *Acuérdate de esto, Lenny; cultiva la nostalgia por algo o nunca descubrirás qué es lo importante*.

Pero hacia el final de la noche recordaba muy poco. Digamos que bebí. Bebí de puro temor (ella era muy cruel). Bebí de pura

felicidad (ella era muy guapa). Bebí hasta que la boca y los labios se me pusieron de un color rojo oscuro y el hedor del aliento y del sudor demostró que los años no me habían pasado en balde. Ella también bebió. El *mezzo litro* que nos sirvieron pronto se convirtió en uno entero, y este en dos, y luego vino una botella de algo que probablemente procedía de Cerdeña pero que, en cualquier caso, era más espeso que la sangre de un toro.

Fueron necesarios enormes platos de comida para equilibrar tan exagerada ingesta etílica. Masticamos concienzudamente los *bucatini all'amatriciana*, nos zampamos unos espaguetis con berenjenas picantes y un conejo prácticamente bañado en aceite de oliva. Sabía que iba a echar todo eso de menos cuando volviera a Nueva York, incluyendo la horrible luz fluorescente que delataba mi edad: las arrugas de los ojos, la larga autopista y las tres carreteras secundarias que me recorrían la frente, prueba de todas esas noches sin dormir en las que me dedicaba a atormentarme con placeres sin cumplir y con mis ingresos cuidadosamente acumulados, pero sobre todo con la perspectiva de la muerte. A este restaurante en concreto solían acudir actores de teatro, y mientras yo me dedicaba a apuñalar los montoncitos de pasta y las relucientes berenjenas, trataba de recordar para siempre esas voces potentes y necesitadas de atención, así como esa vibrante gesticulación con las manos italiana que en mi mente es un sinónimo de vida animal y, por consiguiente, de vida en general.

Me concentré en el modelo de vida animal que tenía delante e intenté que se enamorara de mí. Hablé de manera extravagante, aunque confío que sincera. Esto es lo que recuerdo.

Le dije que no quería irme de Roma ahora que la había conocido.

Me volvió a decir que yo era un friqui, pero un friqui que la hacía reír.

Le dije que aspiraba a algo más que a hacerla reír.

Me dijo que debería dar gracias por disfrutar de lo que tenía.

Le dije que debería trasladarse a Nueva York conmigo.

Me dijo que, probablemente, era lesbiana.

Le dije que mi vida era el trabajo, pero que me quedaba sitio para el amor.

Me dijo que el amor estaba *fuera de lugar*.

Le dije que mis padres eran inmigrantes rusos que vivían en Nueva York.

Me dijo que los suyos eran inmigrantes coreanos que vivían en Fort Lee, Nueva Jersey.

Le dije que mi padre era un celador jubilado al que le gustaba ir de pesca.

Me dijo que su padre era un podólogo al que le gustaba pegar en la cara a su mujer y a sus dos hijas.

—Oh —dije.

Eunice Park se encogió de hombros y se disculpó. En mi plato, el corazoncito muerto del conejo colgaba del costillar. Me llevé las manos a la cabeza, preguntándome si lo que debía hacer era arrojar algunos euros sobre la mesa y largarme de allí.

Pero no tardé mucho en verme caminar por la Via Giulia con el brazo en torno al cuerpo fragante y levemente masculino de Eunice Park. Se la veía de buen humor, tan tierna como severa: primero me prometía un beso y luego me abroncaba por mi mal italiano. Era una mezcla de timidez y risitas, de pecas a la luz de la luna y quejas beodas e inmaduras del tipo «¡Cállate, Lenny!» o «¡Mira que eres idiota!». Observé que se había deshecho el moño y que su cabello era oscuro e infinito, y tan espeso como el bramante. Tenía veinticuatro años.

En mi apartamento solo cabían un colchón doble de los baratos y una maleta abierta y rebosante de libros («Mis amigos de Elderbird solían llamar a esas cosas topes de puerta», me dijo). Nos besamos, perezosamente, como si no fuese nada del otro jueves; luego, a lo bestia, como si nos fuera la vida en ello. Hubo algunos problemas. Eunice Park se negaba a quitarse el sujetador («No tengo nada de pecho») y yo estaba demasiado borracho y asustado como para conseguir una erección. Pero tampoco an-

siaba el intercambio de fluidos. Le quité las bragas, acaricié los globitos gemelos de sus nalgas e introduje los labios en su coño suave y vital.

–Oh, Lenny –dijo ella con cierta tristeza, pues debió de darse cuenta de lo importantes que eran para mí su juventud y su lozanía: yo, un hombre que vivía en la antesala de la muerte y que apenas podía soportar la luz y el calor de su breve estancia en la Tierra. Me dediqué a lamer y lamer, aspirando el ligero olor de algo auténtico y humano, y debí de quedarme dormido entre sus piernas. A la mañana siguiente, Eunice fue tan amable como para ayudarme a rehacer la maleta, que se resistía a cerrarse sin su ayuda.

–No se hace así –dijo, cuando me vio lavándome los dientes. Me hizo sacar la lengua y se puso a rascar tan purpúrea superficie con el cepillo-. Ahora –dijo-. Así está mejor.

Durante el trayecto en taxi al aeropuerto, experimenté la triple sensación de estar contento, solitario y necesitado, todo a la vez. Eunice me había obligado a lavarme concienzudamente los labios y el mentón para eliminar cualquier huella suya, pero su sabor alcalino seguía presente en la punta de mi nariz. Aspiré a lo grande, tratando de capturar su esencia, pensando ya en cómo atraerla a Nueva York y convertirla en mi esposa, en mi vida, en mi vida eterna. Me acaricié los dientes expertamente frotados y la pelambreira gris que me asomaba por el cuello de la camisa, ese cuello que ella había examinado en profundidad esa misma mañana, bajo una luz primeriza.

–Estás mono –me había dicho. Y acto seguido, con sorpresa típicamente infantil–: Eres viejo, Len.

Oh, querido diario. Mi juventud queda atrás, pero la sabiduría de la vejez apenas asoma. ¿Por qué es tan duro ser un hombre mayor en este mundo?